

Colombia: una historia mínima

CRÍTICA

CRÍTICA

Colombia: una historia mínima

Una mirada integral al país

Jorge Orlando Melo

CRÍTICA

© Jorge Orlando Melo, 2020

© Editorial Planeta Colombiana S.A., 2020

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

CRÍTICA

ISBN 13: 978-958-42-8772-4

ISBN 10: 958-42-8772-9

Diseño de portada:

Departamento de Diseño Grupo Planeta

Primera edición en Editorial Planeta: septiembre de 2020

Impreso por: Xxxxxxx

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Una versión previa de este libro fue publicada en 2018 por El Colegio de México, bajo el título *Historia mínima de Colombia*. La presente edición corrige y amplía la anterior.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción	13
Capítulo I. Los primeros habitantes	21
Cazadores y recolectores (12 000-3000 a.C.)	21
La agricultura	23
Cacicazgos y confederaciones (500 a.C.-1500 d.C.)	25
Los grupos principales	31
Capítulo II. La España del descubrimiento	37
Capítulo III. El descubrimiento del territorio colombiano y su explotación inicial: 1499-1550	41
La ocupación del interior y la creación de la Real Audiencia (1535-1550)	48
Capítulo IV. La Colonia: 1550-1810	55
La sujeción de los indios y la disminución de la población	55
La economía colonial	61
La minería y los ciclos del oro	69
La ciudad y el campo	72
Una sociedad jerárquica	75
La administración colonial: audiencia y cabildos	80
La defensa del reino	83
El establecimiento del virreinato y las reformas borbónicas	86
La ocupación del territorio y las regiones al final de la Colonia	95

Capítulo V. La Independencia inesperada: 1810-1819	97
El impacto de las revoluciones y la crisis española de 1808	97
Las Juntas autónomas	101
Las primeras constituciones y la independencia absoluta	111
Centralistas y federalistas	113
La reconquista	114
Capítulo VI. La República de Colombia: 1819-1830	119
La creación de Colombia y los problemas constitucionales	120
La liberación de los esclavos y la igualdad de los indios	124
La crisis de 1827, la convención de Ocaña y la dictadura de Bolívar	125
La disolución de Colombia	130
Capítulo VII. La Nueva Granada y la aparición de los partidos políticos	133
Los gobiernos de Santander, Márquez y Herrán	134
Un clima de cambio	137
La revolución del medio siglo	140
Capítulo VIII. La república federal	151
La crítica al modelo liberal de progreso	153
Los éxitos del liberalismo	157
La colonización	159
Las comunicaciones	162
La consolidación de la ciudad letrada	163
Capítulo IX. La república conservadora: 1886-1930	173
La Regeneración y los gobiernos conservadores	173
Auge cafetero y desarrollo industrial	185
El papel del Estado	189
Las reformas educativas	189
La agitación obrera	191
Paz y violencia	195
Capítulo X. La república liberal: 1930-1946	203
La revolución en marcha y la política de masas	207
El problema agrario	208
La pausa liberal	211
El segundo gobierno de Alfonso López	214

Capítulo XI. Violencia y dictadura: 1946-1957	219
El gobierno de Ospina Pérez y la violencia de partido	219
Los gobiernos de Laureano Gómez y Roberto Urdaneta	223
La dictadura militar	227
Capítulo XII. El Frente Nacional: 1957-1974	237
Reformismo y parálisis	238
El gobierno de Valencia	242
La administración de Carlos Lleras: 1966-1970	244
Pastrana y el fin de la reforma agraria	249
Los efectos políticos del Frente Nacional y la guerrilla	251
El narcotráfico	254
Capítulo XIII. El regreso a los gobiernos de partido: 1974-1986	259
López y Turbay, y el auge guerrillero	259
El gobierno de Betancur: negociaciones y rupturas	263
Guerrilla y paramilitarismo: 1978-2002	268
Capítulo XIV. Entre la violencia y la paz: 1986-2016	273
El gobierno de César Gaviria, la Constitución y la búsqueda de la paz	276
Samper y Pastrana: cuestionamiento moral y negociaciones generosas	281
La reacción uribista	284
Santos: una nueva negociación de paz	286
Capítulo XV. Los grandes cambios del siglo XX	291
La urbanización acelerada	291
Salud y crecimiento de la población	294
La educación	297
La situación de la mujer	300
Los medios de comunicación	308
Viajes, cartas y llamadas	311
Diversiones y fiestas	314
El hogar y la calle	318
Arte y literatura	319
Hacia una sociedad laica	322
Ideas y creencias	325

Capítulo XVI. Los extranjeros en Colombia	329
La migración colonial	333
La Independencia: la inmigración militar	335
La república	336
Dos visiones sintéticas	347
Capítulo XVII. Regionalismo, centralismo y federalismo en la historia de Colombia	349
Las culturas indígenas	351
Centralismo y federalismo	354
Capítulo XVIII. Ciudad y campo en la historia de Colombia hasta comienzos del siglo XX	367
La visión común	367
Las sociedades precolombinas	368
La Conquista y el predominio del modelo urbano	368
El proceso de ruralización (1650-1880)	370
La Independencia y el siglo XIX	372
La modernización urbana y el nuevo proceso de urbanización	374
La aceleración de la urbanización	376
A modo de conclusión: avances y problemas	381
Bibliografía	385

CRÍTICA

CRÍTICA

Introducción

Colombia está formada por regiones geográficas relativamente aisladas y de difícil comunicación. La cordillera de los Andes, dividida en tres grandes ramas —oriental, central y occidental— atraviesa el país desde el sur hasta cerca del océano Atlántico. Estos ramales, que superan en algunos sitios los 4000 metros de altura y van disminuyendo a medida que se acercan al mar, están rodeados de tres extensas planicies bajas, cubiertas de selvas tropicales: las llanuras del Pacífico, las de la Amazonía y la Orinoquía (en las que hay amplias zonas secas y de pastos naturales) y las de la costa atlántica. Dos grandes valles las separan: el del río Magdalena, entre la oriental y la central, y el del Cauca, entre la central y la occidental. El río Atrato conforma un tercer valle, separado del Pacífico por las serranías del Baudó y el Darién.

Las cordilleras ascienden desde tierras bajas hasta nevados de más de 5500 metros de altura y forman centenares de mesetas, altiplanicies y valles, que crean comarcas y ecosistemas variados. No hay estaciones: en el año hay por lo general un periodo de lluvias y uno seco, y la temperatura de cada sitio es estable y depende, ante todo, de la altura sobre el nivel del mar. La diversidad de climas, relieves y paisajes ha permitido una producción variada: las zonas bajas, cálidas, son aptas para cultivos como la yuca y la caña, mientras que en las tierras altas crecen la papa o el trigo. A la vez, las grandes dificultades de transporte para atravesar las cordilleras han limitado y orientado el movimiento de poblaciones y productos.

Los habitantes, a lo largo del tiempo, establecieron comunidades bastante aisladas y autosuficientes, que no necesitaban intercambiar sus productos básicos, en especial alimenticios. La facilidad para producir lo esencial cerca y las dificultades de transporte se reforzaron entre sí. Durante los últimos tres siglos los dirigentes vieron esta diversidad natural como promesa de riquezas infinitas, en contraste con la pobreza de la población.

Los pueblos que ocuparon la región hacia el año 12 000 a.C. aprovecharon la abundancia de recursos y, entre 3000 a.C. y 1000 d.C., se convirtieron en agricultores eficientes. La gran productividad de la agricultura indígena, centrada en yuca, maíz y papa, llevó a un alto crecimiento de la población, que para el año 1500 ocupaba ya casi todo el territorio.

Esta población, al disponer de alimentos abundantes, formó decenas de comunidades que coexistieron más o menos en paz, con contactos ocasionales entre sí, sobre todo para el aprendizaje de técnicas y la obtención de esposas, así como para el intercambio de bienes escasos como la sal, la coca y algunos productos de lujo. No parece que hubieran sido frecuentes las guerras, aunque en el último milenio antes de la Conquista, y sobre todo entre 800 y 1500 d.C., la costa atlántica, así como los valles del Cauca y el Magdalena, con una densa población de agricultores, fueron ocupados por grupos que entraron en conflicto con los habitantes previos.

Los españoles, al someter a los indígenas en el siglo XVI, establecieron ciudades donde había indios que pudieran trabajar y tributar, y minas que garantizaran riquezas. Fundaron Bogotá, Tunja o Popayán lejos de las costas y establecieron ciudades comerciales como Cartagena y Santa Marta en el Atlántico. Estas ciudades alejadas, unidas por un transporte deficiente, producían en su entorno los alimentos y productos básicos. Con un comercio limitado a algunos productos europeos, los contactos entre las regiones eran pocos y estas vivían separadas, con una estructura de gobierno descentralizada y remota.

En estos pueblos y ciudades se formaron orgullosas oligarquías de origen español, saturadas de rituales y ceremonias, confiadas en sí mismas y rivales de Bogotá y de las ciudades vecinas. Sus diferentes

estructuras sociales, con proporciones distintas de población indígena, africana o española y diversos mestizajes, dieron pie a un fuerte regionalismo y a una débil identificación de los blancos y mestizos de una región con la estructura burocrática que los unía bajo la dirección de autoridades remotas. Aunque desde 1550 la Nueva Granada estuvo sometida a la Real Audiencia de Santafé, sus habitantes blancos y mestizos se sentían parte de su ciudad o provincia y de la monarquía española, pero no tanto del Nuevo Reino de Granada, una mera división administrativa.

Por esto, cada vez que la capital trató de establecer una autoridad fuerte sobre el territorio, el localismo y el regionalismo se afirmaron y desde finales del siglo XVIII hubo una tensión constante entre centralismo y regionalismo, que ha tenido gran peso en la historia del país. Desde el siglo XVIII era evidente que las provincias y sus pueblos se veían como diferentes a las demás en hábitos, costumbres y rasgos culturales. Cada una se atribuía ciertas cualidades y defectos y hacía lo mismo con las demás. Los acentos eran distintos, las palabras y dichos, las comidas, los vestidos, las costumbres familiares, la composición étnica de los pueblos. Desde entonces hasta fines del siglo XX algunas regiones fueron caracterizadas, ignorando su diversidad interna, como independientes y rebeldes, y otras como sumisas o respetuosas de la ley; unas parecían destacarse por la voluntad de trabajo y la religiosidad y otras por el gusto por la música, la sensualidad y la diversión.

Estas zonas fueron perdiendo su aislamiento desde fines de la Colonia y sobre todo después de 1830: la creación de una república independiente definió un espacio geográfico para la nueva administración, que fue más o menos el de las zonas sujetas desde 1550 a la jurisdicción de la Audiencia de Santafé de Bogotá. Aunque el patrón fundamental siguió siendo de comarcas aisladas, los esfuerzos administrativos trataron de vincular las distintas regiones en forma más intensa y unificar los valores y lealtades de la población. La búsqueda de un sistema político que reuniera los recursos y la solidaridad de las regiones produjo, desde 1810, un conflicto persistente entre “centralistas” y “federalistas” y fue una causa de las frecuentes guerras civiles del siglo XIX, atribuidas por unos a la inexistencia de un poder central enérgico y, por otros, al irrespeto de las tradiciones de autogestión

local y al intento de forzar sobre un país diverso un modelo autoritario y unificador.

La apertura de vías de comunicación, la unión de las altiplanicies y valles andinos, donde vivía la mayor parte de la población, con el mar, se convirtió en una obsesión de los gobernantes y los grupos más ricos, interesados en enlazar el país con la economía mundial y ansiosos por desarrollar formas de vida más europeas, en una época en la que subir un piano o una caldera de vapor a Bogotá (en un buque de vapor por el Magdalena y después 150 kilómetros sobre una tarima al hombro de decenas de cargueros) era una proeza de ingeniería. Las vías de comunicación —los mejores caminos de mulas y los ferrocarriles— redujeron poco a poco los costos del transporte y permitieron un comercio interregional más activo, así como la exportación de nuevos productos agrícolas y artesanales. Todavía en el siglo XX el esfuerzo por crear una red de transporte eficiente consumió buena parte de los recursos del Estado.

Del mismo modo, las autoridades promovieron la ocupación de los valles y vertientes de los Andes, llenando los vacíos que separaban regiones y ciudades. La ocupación entre 1870 y 1930 de estas vertientes, donde se expandió el cultivo del café, unificó el espacio y creó un mercado nacional incipiente. Ese mercado se consolidó, para el conjunto de la producción y en especial de la industria manufacturera, a mediados del siglo XX con el impacto acumulado del barco de vapor en el Magdalena, de las redes de ferrocarriles y carreteras y del avión. Al mismo tiempo siguió la colonización de frontera, que a partir de 1945 se concentró en zonas planas y selváticas, hasta convertir, como resultado de una nueva ampliación de la ganadería y de la agricultura comercial, los archipiélagos de población en un territorio que podía verse como un país unido.

Las luchas políticas, que crearon dos grandes partidos nacionales, y las guerras civiles, que hicieron conocer a muchos reclutas regiones inesperadas, ayudaron a crear una visión más integrada del país y establecieron lazos entre personas de regiones distintas. La aparición de sentimientos de nacionalismo, que unieran después de la Independencia a los habitantes de toda Colombia, fue un proceso lento y que

se consolidó apenas en el siglo XX, en parte como respuesta a ofensas externas —la pérdida de Panamá en 1903, el ataque peruano a Leticia en 1932, la percepción internacional de los colombianos como violentos y narcotraficantes en las dos últimas décadas del siglo— y en parte por el avance de un sistema escolar universal y de medios de comunicación modernos.

La capacidad del Estado para ejercer su autoridad, en un país en el que las zonas pobladas eran islas en un mar deshabitado, fue limitada, y entre 1949 y hoy las guerrillas y el narcotráfico han usado como áreas de refugio zonas alejadas de los grandes centros urbanos. Muchos de estos sitios han sido sometidos poco a poco a la autoridad pública, en un contexto de rápida urbanización y gran migración del campo a la ciudad. Finalmente, a partir de 1991, se logró cierto equilibrio constitucional —inestable y poco eficiente, pero real— entre los ideales de un Estado unificado y capaz de ejercer su autoridad en todo el territorio y el anhelo tradicional de autogobierno local. Un mercado integrado, un Estado más o menos obedecido en todo el territorio y un sentimiento nacionalista evidente se sumaron a fines del siglo XX para crear al fin un país unido, aunque menos homogéneo de lo que quisieron los héroes de la Independencia o los políticos del siglo XIX.

Sin embargo, la tensión entre lo regional y lo nacional sigue vigente: junto con algunos rasgos y valores comunes, tienen fuerza las lealtades y contraposiciones locales y la diversidad regional es notable. El español no se habla con “acento” colombiano sino con varios acentos regionales (costeño, paisa, pastuso, bogotano, opita, valluno, santandereano) y los rasgos regionales de las fiestas populares, el lenguaje, las comidas, se mantienen y en algo se acomodan a las tendencias unificadoras de la globalización.

Las condiciones geográficas, que siguen teniendo importancia en la producción y el comercio —sobre todo por los costos del transporte a las poblaciones del interior, que ofrecen todavía protección a los productos locales, pero frenan las exportaciones— han dejado de tener el impacto de otros tiempos. Más que el aislamiento y el localismo pesan hoy la distribución de la población y su concentración en grandes centros urbanos, la existencia irritante de áreas remotas sustraídas a la

obediencia del Estado y las oportunidades derivadas de la diversidad natural y los recursos mineros.

La población de este territorio ha variado mucho. Después de diez o doce milenios de lento crecimiento probablemente llegó a tener a la llegada de los españoles unos cinco millones de habitantes, una población muy numerosa en la época. La Conquista los redujo a un poco más de 1,2 millones en 1560 y a 600 000 habitantes hacia 1630, cuando comenzó a crecer nuevamente, para alcanzar otra vez a comienzos del siglo XX la población de 1500. Hoy viven en Colombia 48 millones de personas, en un poco más de un millón de kilómetros cuadrados, pero en el último medio siglo las tasas de crecimiento han caído y esa población tal vez nunca se duplicará otra vez.

La geografía seguirá pesando en forma de sequías o lluvias más extremas, la desaparición de los glaciares de alta montaña, la elevación del nivel del mar, la reducción del tamaño de las selvas, el costo de la producción de energía derivada de fósiles o agua, el sol o el viento. Pero, como en el pasado, lo decisivo será la respuesta de la población, la forma en que, usando los recursos y técnicas disponibles, se adapte a las condiciones geográficas, producidas en gran parte por la acción humana misma.

CRÍTICA

CAPÍTULO I

Los primeros habitantes

Cazadores y recolectores (12 000-3000 a.C.)

No sabemos mucho acerca de la llegada de los primeros seres humanos al territorio colombiano. Es probable que bandas o grupos familiares, de unas cuantas decenas o centenares de personas, llegaran al norte de Suramérica entre 14 000 y 12 000 años antes de nuestra era. Descendían de los habitantes del norte de Asia que pasaron por el estrecho de Bering entre 18 000 y 14 000 a.C., en un momento más frío que el actual, cuando los glaciares eran inmensos y el mar mucho más bajo. Es posible que algunos hayan viajado por las costas del Pacífico hasta el sur del continente y otros hayan cruzado más despacio el istmo de Panamá por las playas del norte. Ocuparon las llanuras de la costa atlántica (y quizá del Pacífico) y poco a poco entraron por los valles fluviales y subieron a las altiplanicies de la cordillera oriental. Las primeras pruebas de su presencia, entre 10 000 y 7000 a.C., son herramientas de piedra y restos de animales de caza (venados y roedores y, en algunas épocas, mamuts y caballos salvajes, que pronto se extinguieron) y otros alimentos que se encuentran en las cuevas de El Abra y el Tequendama y en Tibitó, en la sabana de Bogotá. Entre 8000 y 4000 a.C. hay indicios de pobladores en otros valles interiores o en la Amazonía.

Estas familias vivían de la caza, la pesca y la recolección de verduras y frutas. Eran pequeñas comunidades, que se movían por las selvas en busca de alimentos y a veces establecían viviendas provisionales, cuando encontraban comida abundante al lado de ríos o lagunas. Usaban el fuego para cocer carnes y pescados y aprendieron a usar algunos tubérculos que debían procesarse o cocinarse, como la arracacha, la batata y la yuca.

Estos grupos, descendientes de las primeras migraciones o de otras llegadas del norte en los milenios siguientes, acumulaban un gran conocimiento de la naturaleza: aprendían a distinguir qué plantas eran comestibles o venenosas, cuáles no podían comerse crudas, pero podían asarse, cuáles tenían efectos alucinógenos o psíquicos, cuáles servían para tratar a los enfermos. Al mismo tiempo descubrieron cómo cuidar algunas matas para promover su crecimiento o su multiplicación: algunos tubérculos o raíces comestibles y frutas y verduras, como guayabas o ahuyamas, cuyas semillas, al dejarse en un sitio apropiado, por azar o ensayo, hacían nacer una nueva planta. De este modo, es probable que algunos combinaran la caza y la recolección con formas iniciales de cultivo, compatibles todavía con una vida itinerante.

Al cultivar con éxito algunas matas o descubrir los sitios donde plantas o animales (sobre todo moluscos marinos, tortugas y roedores) eran abundantes, formaron grupos de varias viviendas, al comienzo temporales, pero a las cuales volvían en la estación apropiada del año. Los primeros restos de viviendas colectivas (malocas) y de aldeas que se han encontrado son del año 3000 a 2000 a.C. en la costa atlántica (Monsú, Puerto Hormiga, San Jacinto), y hacen parte de grupos que dejaron inmensos amontonamientos de conchas de almejas y otros moluscos. Estas poblaciones, además de mariscos, peces y tortugas, comían tubérculos, como la arracacha, la yautía y tal vez la yuca, y dejaron restos de cerámica que están entre los más antiguos de América: vasijas simples que, antes de la adopción amplia de la agricultura, no parecen haberse usado para cocinar sino para fermentar y beber jugos de frutas y otras plantas.

La separación de estos grupos hace probable que muchos descubrimientos —la utilidad de una planta o la forma de sembrarla, la hechura

de herramientas— se hicieran en forma independiente, pero es posible que muchas veces aprendieran de otras colectividades y que adoptaran prácticas que parecían exitosas. Del mismo modo, la cerámica, el tejido de canastas o de algodón, la orfebrería, podían venir tanto del aprendizaje y de la adaptación de conocimientos ajenos como de la propia invención.

Estas poblaciones, a pesar de un origen común no muy remoto, al dispersarse formaban culturas diferentes, con lenguas cada vez más alejadas, creencias, conocimientos y hábitos distintos, técnicas propias y rasgos genéticos cambiantes. Fuera de las herramientas de piedra (cortadores, ralladores para preparar raíces y otros alimentos) se han encontrado otros rastros de sus invenciones y creaciones tempranas, como pinturas rupestres y objetos que tenían que ver con sus ritos y creencias.

La agricultura

Entre 3000 a.C. y los comienzos de nuestra era muchos grupos adoptaron alguna forma de agricultura. Al comienzo debió de reducirse a cuidar o sembrar algunas plantas silvestres mientras obtenían la mayoría de las proteínas de la pesca y de los mariscos, como en la costa atlántica, o de la caza y la recolección de plantas silvestres. En algunos casos aprendieron a domesticar animales: hay indicios de que hacia 5000 a.C. había curíes y pavos domésticos en la sabana de Bogotá.

Los restos existentes sugieren que el paso de una horticultura ocasional a la agricultura se debió en gran parte a nuevos grupos humanos que llegaron entre 4000 y 1000 a.C. y que pudieron traer el maíz desde América Central. Hay restos de polen y fósiles de maíz en Calima hacia 4000 a.C. o en la sabana de Bogotá hacia 3000 a.C. y no es probable que haya sido desarrollado allí en forma independiente: el maíz es el resultado de un proceso de selección y domesticación de miles de años, que se llevó a cabo en las vertientes tropicales de México.

Otros grupos, provenientes del sur de la Amazonía y que se habían extendido hasta la actual Venezuela, pudieron traer el cultivo de la yuca, cuyos restos más antiguos cerca de Cartagena son de 4000 a.C. La llamada yuca brava, más común en la Amazonía, tiene que rallarse,

exprimirse y secarse para la obtención de harina comestible. Esto llevó a la hechura de metates de piedra y ralladores de cerámica, así como de budares para cocinar arepas de casabe.

Puede entonces suponerse que grupos de la costa atlántica, que habían inventado ya la agricultura, adoptaran sin dificultad el maíz, la yuca y otros tubérculos y que su cultivo se hiciera frecuente en el último milenio antes de nuestra era. Estos cultivos, y sobre todo el maíz, que daba hasta tres cosechas anuales, impulsaron la formación de comunidades sedentarias: los grupos que se volvían agricultores podían garantizar la regularidad de su alimentación, evitando hambres producidas por la incertidumbre del clima, y podían aumentar su población y desarrollar estructuras sociales más complejas, con artesanos, sacerdotes y caciques.

En el Pacífico, alrededor de Tumaco, hubo otra área de expansión de la agricultura del maíz, de la que pudieron extenderse los cultivos a Calima, San Agustín y a las altiplanicies del sur. También en esta zona, como en las del Atlántico, hay rasgos culturales que pueden haber venido de Centroamérica, lo que sugiere que la agricultura del maíz pudo haber llegado con migraciones de esa región.

Mientras en las tierras bajas se combinaban maíz y yuca, a los que se añadieron poco a poco plantas como la mafafa o yautía, en la Amazonía y la Orinoquía los cultivos se restringían a zonas cercanas a los ríos y el alimento principal era la yuca brava, con otras plantas productoras de harinas como el “ñauñau” y la achira. Es posible que en los valles medios hubiera siembras ocasionales de arracacha y achira, y que en la altiplanicie del sur se hubiera adoptado la papa, proveniente del Perú, aunque no se sabe bien en qué época.

Pero el cultivo más general era el maíz, que se convirtió en siembra principal en Momil y Malambo en la costa atlántica, Tumaco en el Pacífico o San Agustín en el sur, desde los últimos siglos antes de la era actual. Se extendió en el primer milenio de nuestra era a toda la costa atlántica y los valles interandinos, pues hubo variedades adaptables a climas templados. Poblaciones numerosas de agricultores ascendieron poco a poco por los valles del Magdalena y el Cauca medio, con base en un cultivo que requería menos atención y esfuerzo que la

yuca de las tierras bajas, que podía almacenarse por periodos largos y dejaba tiempo para que algunos pobladores se convirtieran en artesanos dedicados a la cerámica, la cestería o los textiles. Esto permitió el crecimiento de las bandas, que se convirtieron en grupos extensos dirigidos por un cacique permanente y con chamanes que organizaban rituales religiosos y cultos a los muertos.

Cacicazgos y confederaciones (500 a.C.-1500 d.C.)

Las ventajas de la agricultura eran expansivas: una población agrícola y sedentaria se hacía más compleja, crecía más rápido y adquiría más fuerza que los recolectores, lo que la llevaba a ocupar nuevos territorios. Sus vecinos podían volverse agrícolas, dejarse absorber o ceder el espacio y migrar a otras zonas.

Así pues, entre 500 a.C. y 1500 d.C., en dos milenios de auge, las comunidades agrícolas ocuparon más y más tierras. Entre 1000 y 1500 d.C. esta agricultura se hizo aún más productiva, al reunir en una sola región las bases de las tres grandes culturas agrícolas americanas: el maíz mexicano, la papa peruana y la yuca amazónica. Estos productos, junto con frutas (cachipay o chonta, piña, guayaba, aguacate, tomate, guanábana, granadilla, curuba, uchuva), verduras y tubérculos (ahuyama, achira, cubios, arracachas, hibus y ullucos o chuguas), legumbres y semillas (frijol y quinoa) y animales domésticos, ofrecían una alimentación adecuada, sin las hambrunas periódicas comunes en Europa durante la Edad Media que debilitaban su población y la sometían a enfermedades y epidemias. La combinación de granos y tubérculos, pobres en algunas proteínas, con semillas y leguminosas (varios tipos de frijoles y quinoa, en especial, que tenían las proteínas que faltaban al maíz o la yuca), permitía una alimentación completa, aun si el consumo de carnes se reducía, como podía ocurrir al crecer la población y disminuir el bosque. El maíz, la papa y la yuca producían más energía y nutrientes por hectárea que los alimentos del viejo continente (el trigo o el arroz y la cría de ganado), y exigían menos trabajo. Por esto pareció en algunos casos a los españoles que los indios tenían una sociedad de abundancia y ocio, como la que describió Gonzalo Jiménez de Quesada, al relatar que los muiscas dividían el mes en tres partes, una

dedicada a trabajar en sus siembras, otra a fiestas y borracheras y otra a gozar con sus mujeres. La buena alimentación y la falta de animales domésticos numerosos pueden explicar en parte la aparente ausencia de pestes y epidemias severas.

La técnica más usual de agricultura era quemar el rastrojo seco (a veces preparado con esfuerzo, tumbando arbustos y plantas pequeñas con hachuelas de piedra), de modo que el fuego limpiara el terreno y la ceniza sirviera de abono. Después de algunas siembras la tierra se agotaba y era preciso dejarla descansar. Donde las poblaciones eran pequeñas y dispersas, como en la Amazonía, las selvas de la costa atlántica o los valles interiores, era fácil buscar nuevos campos, pero en zonas más densas y con periodos secos, como los valles del Cauca y las llanuras bajas del Atlántico, el impacto sobre el ambiente pudo ser grande y podía faltar la tierra para nuevos cultivos. Es posible que la frecuencia de la guerra en el valle del Cauca o el conflicto entre los muiscas y sus vecinos caribes en la cordillera oriental, en los últimos decenios antes de la llegada de los españoles, tuviera que ver con la competencia por tierras para el cultivo del maíz y la papa. La agricultura impulsó además la cerámica: las harinas de maíz y yuca, convertidas en arepas, necesitaban, como los caldos y sopas, vasijas más resistentes al fuego para cocinarse.

La expansión de las sociedades agrícolas formó poco a poco, entre el siglo III a.C. y el siglo X d.C., sociedades que han sido llamadas “cacicazgos”, por el nombre que los indios de La Española daban a sus jefes. En ellas un jefe, electivo o hereditario, tenía autoridad sobre varias comunidades, bandas o grupos familiares, compuestos de miles de personas. Aunque no existían clases sociales, había una fuerte desigualdad de rangos: caciques, caciques menores, capitanes, sacerdotes y chamanes, gente del común y, en algunos sitios, prisioneros esclavos. Había tributos para mantener a jefes, sacerdotes y personajes principales, aunque los excedentes se consumían muchas veces en fiestas y celebraciones con toda la comunidad. La aparición de sacerdotes acompañó la invención de sistemas simbólicos complejos y de formas de religiosidad. Los chamanes, jeques o mohanes guiaban los rituales y recogían, junto con mitos, historias y relatos sobre la comunidad, el

conocimiento del clima y sus relaciones con los astros y el de las plantas alucinógenas y medicinales.

La cerámica, además, sirvió para ritos religiosos y funerarios: los muertos de mayor jerarquía de algunas comunidades se conservaban en urnas de cerámica, en las casas o en complejos cementerios. Cada grupo desarrolló técnicas y estilos de cerámica propios, de los cuales han intentado deducir los antropólogos sus significados, relaciones mutuas y secuencias. Ya antes los indígenas habían aprendido a usar algunas plantas como recipientes —la totuma y algunas calabazas— o a tejer canastos.

El fuego se extendió a la fundición de metales, oro, plata y cobre, pero no hierro. La elaboración de objetos de oro, de adorno o para usos rituales (y en pequeña escala, utilitarios), muestra cómo la mayoría de los grupos indígenas, durante los primeros 1500 años de nuestra era, dedicaban parte de su esfuerzo a elaborar objetos sin impacto en su supervivencia. Los especialistas han clasificado los objetos de oro colombianos en grandes grupos: tairona, quimbaya, tolima, chibcha, sinú, guane, tierradentro, malagana, nariño, que corresponden, en forma aproximada, a comunidades con estilos afines. Los orfebres crearon una tecnología compleja, y algunos de ellos, como los taironas y las tribus agrupadas en el estilo quimbaya, inventaron la técnica de la “cera perdida”, que les permitía hacer piezas huecas: el molde se hacía en cera, sobre un núcleo de barro, y se cubría otra vez con barro. Al calentarse, la cera se escapaba y dejaba un vacío entre los dos moldes que se llenaba con oro fundido. El oro lo extraían los indios de los aluviones de la cordillera occidental y central y los que no tenían buenas minas lo conseguían mediante el comercio con otros grupos.

En los dos últimos milenios del periodo indígena avanzó también la producción textil. El fique, el pelo humano y otras fibras servían para hacer cuerdas y redes para la caza y la pesca. El algodón permitió tejer mantas y ropas, necesarias en las zonas altas; como en estas regiones no lo había, los indígenas de las altiplanicies lo adquirían, como la coca, mediante el intercambio por sal y otros objetos. Para 1500, cuando llegaron los españoles, ya casi todas las comunidades eran agrícolas y tenían herramientas de piedra o hueso, cerámicas y textiles. En algunos casos,

para obtener alimentos de diferentes climas, las comunidades más grandes cultivaron terrenos de distintas alturas, lo que reforzaba su autarquía. Sin embargo, los principales grupos hacían un activo comercio. Los muiscas, por ejemplo, que tenían mercados semanales en sus pueblos, vendían sal a los pueblos vecinos (y por eso eran conocidos como los “pueblos de la sal”, que sacaban de minas de Zipaquirá, el Cocuy y otros sitios) y obtenían a cambio oro, algodón, alimentos especiales y coca, para consumo de caciques y notables, y para ello había mercados especiales.

Entre estos cacicazgos, en el siglo XVI, estaban los del Cauca, desde Popayán hasta al norte de Antioquia y que incluían quimbayas y calimas, los de la costa atlántica (sinú, calamar, tairona), los del Darién y el Atrato (cueva, cuna, chocó), los del río Magdalena (panches, marquetones, pijaos, muzos, calimas), los de la altiplanicie de los Pastos, los de la cordillera oriental (muiscas, guanes, chitareros) y los de las llanuras orientales (guayupes).

Al menos en dos regiones, entre muiscas y taironas, los cacicazgos se habían hecho más complejos y formaron lo que algunos estudiosos llaman “confederaciones” o “imperios o Estados en formación”, en los que un cacique superior tenía el dominio sobre decenas o centenares de tribus gobernadas por caciques menores, y coordinaba las guerras para defenderse de sus vecinos o consolidar su poder. Es posible que los muiscas hubieran sometido ya pueblos de otras lenguas a su mando, como algunos panches. Algo similar tal vez empezaba a pasar entre los catíos de Antioquia o entre los grupos indígenas del Cauca de la zona quimbaya, pero los relatos de los españoles no permiten saberlo con certeza.

En el territorio colombiano no hubo imperios fuertes como los de Perú o México, con desigualdades profundas y un jefe hereditario con autoridad sobre amplias poblaciones, capaz de emprender nuevas conquistas y de coordinar el trabajo de grandes multitudes para construir templos, pirámides y extensas redes de caminos de piedra. Es posible que entre los muiscas o los taironas la abundante tierra permitiera que las comunidades del mismo grupo, a pesar de su tamaño, encontraran todavía cómo satisfacer sus necesidades sin aumentar aún más su coordinación.

Es difícil establecer las filiaciones entre estos grupos y fechar con precisión la llegada de los diversos componentes al territorio colombiano. En forma esquemática y tentativa, puede afirmarse que las primeras bandas, pequeñas y separadas, que llegaron entre 12 000 y 4000 a.C., a las que se sumaron migraciones de grupos más numerosos, entre 4000 y 1000 a.C., que llegaron de México o Centroamérica y de la Amazonía y la Orinoquía contribuyeron a generalizar la agricultura del maíz y la yuca, y trajeron también el tabaco y el cacao. Aunque los datos sobre ellas son imprecisos, hay señales de dos grandes migraciones más, provenientes del norte de Venezuela, del bajo Orinoco o la Amazonía, que llegaron en el primer milenio de nuestra era.

A falta de evidencias arqueológicas y estudios genéticos concluyentes, algunos elementos de sus culturas sugieren ancestros compartidos y una migración común y permiten postular relaciones y secuencias, aunque de modo hipotético y provisional. Los lingüistas agrupan hoy las lenguas existentes a la llegada de los españoles en grandes familias, que apuntan a diversos orígenes. Ninguna corresponde a los pueblos de cazadores o recolectores, de proveniencias variadas, que llegaron en distintas épocas antes de 4000 a.C., pues desaparecieron y no conocemos sus idiomas. Los grupos propuestos por los lingüistas y que corresponden a migraciones probables de los últimos seis milenios son:

- a. Las lenguas chibchas, cuya dispersión indica una llegada temprana, entre 4000 a.C. y 700 d.C. Las hablaban, entre otros, los muiscas, guanes y chitareros en las altiplanicies y estribaciones de la cordillera oriental; los taironas, en la Sierra Nevada; los cuna y tal vez los cueva, en el Darién y quizá los páez, coconucos, guambianos y pastos, en el alto Cauca y la altiplanicie del sur. Es posible, pero menos probable, que otras etnias de la costa atlántica y del Atrato, como los chocó (emberas y waununas) formen parte de este grupo, así como los tumaco y los barbacoas, cuyas lenguas desaparecieron. Estas lenguas provenían de un idioma que se definió en el sur de Centroamérica entre 7000 y 4000 a.C., y que llegó acompañado del maíz y otros elementos culturales, identificables en cerámicas y objetos

- metálicos. A pesar de indicios más antiguos, lo más probable es que el grueso de esta migración ocurriera en el milenio anterior a nuestra era. En la costa atlántica es probable que los ancestros chibchas de los taironas ya estuvieran en la Sierra Nevada desde entonces (1200 a 400 a.C.), y los estudios indican que los antepasados de los muisca llegaron a la cordillera oriental por el valle del Magdalena, hacia finales del primer milenio, entre 700 y 1000 d.C.
- b. Las lenguas arawak. Eran habladas en el siglo XVI por comunidades de la costa como los wayúu en La Guajira y por un amplio abanico de pueblos de la Orinoquía (guahibos, piapocos, guayupes, achaguas). Aunque sabemos muy poco de sus idiomas, algunas descripciones y rasgos culturales hacen pensar que muchos pueblos entre La Guajira y Urabá, descritos en el siglo XVI como caribes, podían hacer parte de estos grupos. Los hablantes de estas lenguas, ya diferenciadas, llegaron a lo largo del primer milenio de nuestra era del oriente, quizá de la Amazonía, desde donde se extendieron a las islas del Atlántico: los taínos, el primer grupo encontrado por Colón en La Española, hablaban una lengua arawak.
 - c. Las lenguas caribes y afines. Estos idiomas corresponden a comunidades que llegaron a partir del siglo VIII, después de los arawak, desde las zonas bajas del Orinoco, unos por el norte hasta penetrar por los ríos Cauca y Magdalena, y otros, menos numerosos, que siguieron los ríos Caquetá y Amazonas. Por los rasgos culturales y lingüísticos puede concluirse que panches, pantágoras, muzos, carares y opones, yariguíes y pijaos, ya desaparecidos, eran caribes, así como algunas tribus del bajo Magdalena. Es posible que estos grupos, armados con arcos y flechas envenenadas que les daban ventajas en la guerra, sometieran a los pobladores anteriores o se mezclaran con ellos.

En la costa atlántica (malibú, mocana, malambo, calamares, turbacos, urabáes), en el Chocó (embera y waununa) y en el valle del Cauca (catíos, quimbayas, calimas, jamundí, gorriones) no es posible saber

con certeza si el grupo existente en el siglo XVI era de filiación caribe o si había adquirido algunos rasgos de los caribes y precisar cuál era el sustrato preexistente: chibcha, arawak o anterior. Un caso interesante es el de los chimilas, cuyo idioma, que aún se habla, tiene afinidades con las lenguas chibchas, pero fueron considerados caribes por todos los observadores dada su resistencia a los españoles y sus técnicas militares.

En general, la caracterización de un grupo como caribe la hicieron los españoles sobre la base de lo que percibían como maldad y belicoidad: el uso de flechas envenenadas, la antropofagia (y de caribe o caníbal proviene la palabra “canibalismo”) y un carácter guerrero. Como la ley permitía esclavizar a los caribes, los españoles tenían interés perverso en describir a cualquier comunidad rebelde o belicosa como perteneciente a este grupo, para poder hacerle guerra sin restricciones.

Es posible que en algunas partes de la Amazonía hubiera hablantes de una cuarta rama, las lenguas tupi-guaraní, provenientes del sur del continente, pero no hay indicaciones claras de ningún pueblo de este grupo lingüístico. En general, poco se sabe de los pueblos de la Amazonía y la Orinoquía mencionados por los conquistadores y de su relación con grupos actuales. Finalmente, casi nada sabemos sobre la filiación étnica o lingüística de los sinúes, que habían alcanzado su mayor población y desarrollo agrícola unos siglos antes de la llegada de los españoles, ni del pueblo de San Agustín, que produjo las únicas esculturas monumentales de piedra en su territorio.

Los grupos principales

Los muisca: el mayor grupo de la familia chibcha era el muisca, que ocupaba las altiplanicies de la cordillera oriental, desde la sabana de Bogotá hasta la región de Vélez. Otros pueblos chibchas, con idiomas y culturas ya diferentes, ocupaban las tierras más al norte: guanes, chitareros, laches, uwás y baris. Los muisca, aunque vivían en casas dispersas entre cultivos, tenían pequeños poblados, el “cercado de los caciques”, a veces con casas grandes para el cacique, sus familias y los sacerdotes y construcciones religiosas de adobe, cañas y paja. Como vivían en general por encima de los 2000 metros, su agricultura

se centraba en la papa y en menor medida en el maíz y la quinoa, y complementaban su alimentación con roedores domésticos (curíes y pavos), animales de caza y peces, en una altiplanicie llena de ríos y lagunas. En algunos sitios tenían cultivos de maíz o yuca en valles intermedios. El maíz servía para hacer arepas y “chicha”, una bebida fermentada para sus frecuentes fiestas y celebraciones. Usaban también el tabaco y la coca.

En casi toda la cordillera oriental, sus vecinos de los valles intermedios del río Magdalena y de la tierra caliente eran caribes que habían llegado después de la migración muisca, como panches, muzos y calimas, con los que tenían guerras frecuentes, usando macanas y lanzas de madera contra arcos y flechas envenenadas.

Este grupo, que en 1560 tenía unos 400 000 habitantes (mientras los otros grupos chibchas de la cordillera, guanés, chitareros, laches y uwas podían tener otros 100 000), tenía una compleja organización política, que algunos han llamado “confederaciones”: cada tribu, regida por un cacique o ubaque, estaba formada por comunidades familiares o parcialidades, mandadas por un capitán. Varias decenas de cacicazgos estaban sometidas al dominio, voluntario o impuesto, del zipa en Bogotá y el zaque en Tunja, o de otros grandes caciques (Sogamoso, Duitama, Guatavita), les pagaban tributos y los apoyaban con guerreros en sus conflictos. El sistema era inestable y los caciques intermedios cambiaban a veces de dependencia o buscaban nuevas alianzas. El zipa y el zaque no parecen haber intervenido en asuntos locales, excepto en cuanto al comercio y los mercados regionales. Los caciques castigaban a delincuentes y criminales y los españoles expresaron su sorpresa por la cantidad de indios que encontraron ahorcados al llegar a la sabana de Bogotá, como castigo al homicidio, los robos o la sodomía. Fuera de normas morales y de conducta, que atribuían a un legislador llamado Bochica, compartían la reverencia al zipa o el zaque: estos tenían derecho a consumir alimentos prohibidos al pueblo llano, como venados, y usaban, junto con los mohanes, productos rituales como la coca, y no podían ser mirados a los ojos ni siquiera por los capitanes o indios principales. Los cronistas españoles señalaron formas complejas de culto al Sol y a la Luna, que podían reforzar la obediencia a los grandes

caciques, con templos adornados con láminas de oro, santuarios con imágenes de ranas, aves y murciélagos. El más importante de estos templos era el de Sogamoso.

Como la pertenencia a un pueblo se transmitía por la madre, el cacicazgo lo heredaba el hijo de la hermana mayor del cacique. Tenían sacrificios excepcionales de niños y enterraban con los caciques muertos a veces a sus esposas, adormecidas previamente con el borrachero, pero no parecen haber sido muy crueles. Tampoco parece haber existido entre ellos la antropofagia. Uno de sus rituales era el de El Dorado, en el cual el cacique de Bogotá se sumergía en la laguna de Guatavita cubierto de oro, que quedaba en el fondo del agua, junto con esmeraldas y esculturas de oro ofrendadas al Sol. Tributos similares se ofrecían en otras lagunas, como en Iguaque, cerca de Tunja, lugar sagrado donde según sus leyendas había nacido Bachué, madre de los muiscas.

Los españoles interpretaron las jerarquías del cacicazgo en términos de sus experiencias, como formas de señorío y vasallaje, y los estudiosos han tratado de definir el tipo de comunidad política que había. No era una sociedad de clases, y bienes como la tierra eran de todos los miembros de la tribu, considerados una gran familia. Sin embargo, los caciques y capitanes recibían servicios y tributos (oro, mantas, alimento o cerámicas), y podían disfrutar de bienes suntuarios y de prestigio. Los caciques, además, asignaban las tierras de cultivo cuando era necesario. Junto a los caciques parece haberse formado un sector de “indios principales”, que los españoles consideraron la “nobleza”, con derecho a castigar a los delincuentes o a mandar a los guerreros.

Los taironas: la otra confederación era la tairona, que vivía en las estribaciones intermedias y bajas de la sierra Nevada de Santa Marta, donde hicieron senderos de piedra que llevaban a aldeas con casas hechas sobre bases de piedra, en las que vivían los caciques y capitanes con sus familias, y estaban los lugares de culto, orientado por los “mamos”. Algunos de estos restos han sido descubiertos en épocas recientes en medio de la selva, como la llamada “Ciudad Perdida” en Buritaca. Estas ciudades, de algunas decenas de viviendas, eran por lo que parece las agrupaciones urbanas más grandes que existieron en el actual territorio de Colombia. La orfebrería y la cerámica de los

taironas, que usaron también el jade, eran muy complejas y elaboradas, y su agricultura, que incluía la construcción de terrazas y montículos para la siembra de la yuca y el maíz, sostenía una población numerosa. Habían adoptado el arco y las flechas envenenadas de grupos como los caribes, lo que les permitió ofrecer una resistencia más eficaz a los españoles —hubo caciques que mandaron hasta 20 000 hombres de guerra— que, acompañada del retiro a zonas más altas de la cordillera, permitió la supervivencia de algunas poblaciones, cuyos descendientes son conocidos hoy como koguis y arhuacos.

Los sinúes: en la costa atlántica y los valles bajos de los ríos que cruzaron los españoles encontraron numerosos cacicazgos. Entre la desembocadura del Magdalena y la del Atrato estaban tribus como los calamar y turbaco y otras que habitaban Urabá y las riberas del Atrato. Los que ocupaban un territorio más extenso eran los sinúes, en las tierras inundables de los ríos Sinú, San Jorge y Cauca, que construyeron entre el 800 y el 1200 un inmenso sistema de canales y montículos para cultivar yuca y maíz. Algunos cálculos sugieren que estas terrazas podían haber alimentado, hacia el 1200, a más de un millón de habitantes, aunque es probable que nunca hubieran sido empleadas al mismo tiempo. A la llegada de los españoles, aunque sobrevivían tres cacicazgos sinúes —uno de ellos al mando de una cacica— los canales habían sido abandonados, la población había disminuido y la tierra, en medio de ríos y ciénagas, se había cubierto otra vez de selva. Los sinúes desarrollaron una rica orfebrería y los españoles encontraron tumbas donde los indios habían depositado, como ofrendas funerarias, una cantidad inmensa de objetos de oro.

Los quimbayas y otros grupos del Cauca y el sur: en el valle del Cauca, todas las comunidades desde la zona de Nori y de los catíos hasta Popayán (calimas, quimbayas, paucuras, pozos, popayán, guambias) tenían agricultura estable desde el primer milenio de nuestra era, acompañada de cerámica y en algunos casos de orfebrería muy avanzada, agrupada bajo el nombre de quimbaya. Lo mismo ocurría en sitios como la altiplanicie de Pasto e Ipiales, así como en toda la llanura del Pacífico al sur del río San Juan, donde los indios vivían en casas levantadas en los árboles (“barbacoas”). En el macizo colombiano, en las fuentes del río

Magdalena, entre el 300 y el 1000 d.C., se había consolidado la cultura de San Agustín, reconocible por esculturas monumentales de piedra que vigilaban los sitios de enterramiento y que desapareció antes de la llegada de los españoles, aunque estos encontraron, en épocas posteriores, comunidades pequeñas de sus descendientes.

Los caribes: estos grupos llegaron por el nororiente (provenientes del norte del continente, en Venezuela, o del mar Caribe), formados por tribus independientes pero afines: para los españoles los distinguía el uso de arcos y flechas envenenadas, el canibalismo y su carácter cruel y guerrero.

A la llegada de los españoles estaban en buena parte de la llanura atlántica, con excepción de lo ocupado por los grupos chibchas ya mencionados, de los sinúes y varios grupos cercanos a Cartagena (como los calamar), y de otras tribus que parecen arawak, como los chimilas y los wayúu. Por las descripciones del siglo XVI, puede inferirse que en siglos anteriores habían entrado por el río Magdalena. Como “caribes” del río Magdalena fueron descritos cocinas, pantágoras, yariguíes, opones, muzos, marquitones, panches, colimas, sutagaos y pijaos. Es posible que hayan entrado también por el río Cauca, pero los pueblos de Nori a Popayán combinaban rasgos derivados de las culturas metalúrgicas del primer milenio con el canibalismo y las formas de guerra de los grupos caribes: quizá los nuevos pueblos no pudieron dominar a sociedades fuertes y terminaron absorbidos por ellas, pero este proceso transformó las sociedades del Cauca y les dio los conocimientos guerreros de los caribes. En todo caso, las culturas del Cauca fueron descritas por los españoles del siglo XVI, como el cronista Pedro Cieza de León, como guerreras y violentas. Según ellos, adornaban los cercados de los caciques con las cabezas de los enemigos, practicaban el canibalismo y tenían costumbres que los españoles describieron con horror y exageración. Algunos antropólogos han hablado de “culturas de la muerte” y han sugerido que la frecuencia de la guerra y el canibalismo pueden indicar la aparición de limitaciones en la disponibilidad de tierras.

Los grupos de la Amazonía y la Orinoquía: tampoco se sabe mucho sobre las culturas indígenas de las zonas planas orientales. Estas selvas y llanuras fueron ocupadas por pueblos provenientes del sur y

oriente de la Amazonía, pero este proceso debió comenzar temprano, desde al menos 7000 a.C., al que debió suceder, en el primer milenio de la era actual, la llegada de grupos arawak. Las principales tribus encontradas por los españoles fueron guayupes, sáez, eperiguas y choques, en la región del Meta y el Ariari, fuera de menciones imprecisas a omaguas y caribes.

CRÍTICA